

María Tila Uribe de Trujillo*

Género, envejecimiento y vejez



Dignidad-Autonomía Envejecimiento y vejez¹

He adicionado al siguiente capítulo algunos puntos de la ponencia “Aporte a la mesa sobre vejez, género y diversidad”, con la que participé en la Asamblea Mundial sobre Envejecimiento, Madrid, 2002, para integrarle aspectos actuales. Ya para esa fecha el tema era una necesidad, teniendo en cuenta que la mayoría de participantes de América Latina éramos mujeres con problemas propios de una cultura de desigualdades, inequidades y discriminaciones, similar en casi todos los países de la región. En no pocos documentos se plantearon aportes sobre género y envejecimiento en ese trascendental evento.

Para finalizar el capítulo, igualmente consigno otros puntos de interés de la ponencia “Mujeres y Envejecimiento, necesidades y oportunidades” que llevé al Primer Congreso Latinoamericano de Gerontología Comunitaria, en Buenos Aires, noviembre de 2011.

La perspectiva de género no es privativa de los programas para la mujer, es un enfoque que incumbe a todos los asuntos del desarrollo humano. Las conductas, actividades y funciones de las

mujeres y los hombres son construidas por las sociedades en sus aspectos históricos, sociales y culturales.

Las relaciones de género pueden ser armoniosas o por el contrario, pueden ser de oposición y conflicto. Lo importante es que, como se han construido socialmente, también son transformables; y esas transformaciones las hacemos en la lucha cotidiana que hemos emprendido desde hace algunas décadas; queremos avanzar hacia la igualdad de oportunidades, hacia la equidad, la lucha contra todas las formas de violencia y discriminaciones hacia las mujeres y debemos lograrlo también para las personas mayores. En la medida en que se acaben las discriminaciones, los roles diferenciados y las violencias, se irán diluyendo las desigualdades económicas, sociales y políticas entre mujeres y hombres.

Ahora pensemos en que tanto el género femenino como el masculino tienen cada uno sus propias características; podemos entonces identificar los problemas propios de cada género y proponer soluciones pertinentes, teniendo en cuenta lo diferente y lo complementario entre los seres humanos.

* Eucadora.

¹ María Tila Uribe, *Huellas del Tiempo*. Libros del Dos de Bastos. Orión Editores S.A.S. Bogotá, 2015, Transcripción del Capítulo 3. pp. 94-127.

Por ejemplo, entre las personas mayores, las mujeres vivimos más tiempo, es mayor la población femenina, hay más viudas que viudos, el desempleo es más alto para las mujeres (a partir de los 35 o 40 años). Se llega al final de la vida con responsabilidades domésticas y familiares, el mayor porcentaje de analfabetismo en todos los tiempos y en todos los lugares corresponde a las mujeres y la situación de subordinación y discriminación existe no solo por género sino por edad. De acuerdo a realidades como estas, tenemos necesidades y perspectivas diferentes de los hombres.

Las mujeres de más de 70 años - o aún menores - nacimos en una Colombia patriarcal y machista. Patriarcal, porque el sistema social, jurídico, educativo y político era jerarquizado y dirigido por hombres y ellos hacían las leyes, dirigían el país y tomaban las decisiones. Las mujeres vivíamos bajo la tutela del varón: padre, tío, hermano, esposo o compañero, hijo o nieto. La jerarquía comenzaba en el hombre en su trabajo, la calle, lo público, y terminaba en la mujer y el hogar. Él era el ser productor (por su trabajo remunerado) y ella permanecía en su exclusivo rol de reproductora y ama de casa, muchas veces en condición de servidumbre.

Y era una situación de por vida; con el paso de la edad crecía (y crece) el trabajo de hormiga que hacemos en la casa y por eso asociamos la vejez con paciencia, habilidades, prudencia y resistencia, ideas que persisten en la actualidad con la utilización de la palabra vieja para significar deterioro, desesperanza, menosprecio y ofensa.

El machismo, esa cultura milenaria que en nuestra tierra es hija de los conquistadores españoles, aventureros o hidalgos, entró hasta la primera mitad del siglo XX con la misma fuerza que antes, siendo una condición no solo de hombres, sino también de mujeres: las niñas aprendían en

la familia a obedecer, reprimirse y someterse; los prejuicios y además la ignorancia fueron otras de sus características, como la creencia de que pasados los 40 años la mujer se volvía inactiva sexual y la menopausia era una enfermedad.

Bueno, muchas mujeres no llegaban a esos extremos, pero tampoco estaban lejos de ellos. La verdad es que no había respuestas en el entorno en el que ser mujer era lo inferior y la identificación generalizada era por las carencias: *yo no puedo, yo no sé*, sin pensar en sus potencialidades ni adivinarlas. Y en esa especie de limbo a las chicas nos surgían preguntas: *¿Por qué a los muchachos les dan la llave de la casa y a nosotras no?* Y en el colegio surgían otras preguntas: *¿Por qué no existen colegios mixtos?* *¿Por qué las mujeres no aparecen en la historia, excepción hecha de los ejemplos?*

Tatica,²mi madre, tenía una situación ambivalente o quizá estaba atrapada entre dos épocas: de una parte vivía con el reflejo de sus antigüedades, por los roles que nos impuso a hijos e hijas; de otra, me llevaba de la mano a los famosos viernes gaitanistas del Teatro Municipal y a las charlas que iniciaron por esos tiempos mujeres que fueron extraordinarias, como Lucila Rubio de Laverde, Esmeralda Arboleda y otras con los mismos quilates, que ya tenían una vida desenvuelta y móvil, que contradecía los modelos de recogimiento doméstico recomendados a las funciones de madres, esposas o compañeras y hermanas.

Ellas, con grupos de mujeres de todas las edades, impulsaron el derecho a la ciudadanía - conseguido en 1954 - que no fue concedido por gentileza de alguien en el poder, sino que costó a esas pioneras aguantar palabras que acusaban, escritos que ofendían, miradas que incriminaban y dedos que señalaban a quienes proponían o defendían el voto femenino.

2 Enriqueta Jiménez Gaitán.

Entre las cosas positivas de mi vida cuento la frase que le escuché a mi padre³ desde muy niña: *a la mujer no se le toca ni con el pétalo de una rosa*; ¡cuanto me alegra que ese sea hoy el lema de una campaña nacional contra la violencia de género⁴! De otra parte, las buenas lecturas en la biblioteca que él dejó al morir y que compartíamos con mis hermanos; también los comentarios de las películas con los jóvenes del barrio, eran como cine-foros primitivos. Y con mi hermano Tomás y amiguitos, el deporte y las jornadas de baile los fines de semana. Todo ayudó en ese proceso y se amplió aún más cuando llegaron los años sesenta y empezamos a ver, unas más, otras menos y gradualmente, lo que está reconocido como una de las transformaciones sociales históricas más importante de la época contemporánea: el cambio de la situación de la mujer y su papel en la sociedad.

Aspiraciones de cuando fuimos jóvenes

Tener una vida propia hoy es un deseo que puede cumplirse; antes no, porque existían situaciones que obstaculizaban el avance de las mujeres en sus vidas y en sus anhelos de independencia. Y frente a esos anhelos y a esas aspiraciones se estaba iniciando una transformación; yo sentía que el cambio se daba no solo en mí, sino en las mujeres de mi familia, en las amigas y en la sociedad en general porque eran muchas las dudas: decir o no decir, actuar o quedarse quietas; una mayoría femenina deseaba no tener que pedirle permiso al esposo o a los hermanos o al compañero o al señor cura para nada, porque ni las mujeres viejas se salvaban de eso, puesto que los hijos hombres algún día sustituían al esposo y decidían por ellos.

3 Tomás Uribe Márquez.

4 La actriz Alejandra Borrero creó esta campaña, como defensora que es de los derechos de las mujeres y contra las violencias de género.

Había otras ataduras que aún no terminan, especialmente para las mujeres casadas: precisión de horarios de llegada a la casa; desaprobación, limitación o prohibición de amistades, femeninas por supuesto, porque una amistad masculina era impensable. Prohibición de actividades y formas de vestir y, por asombroso que parezca, hasta la decisión del corte de cabello. Una de mis amigas le reclamó un día a su esposo autonomía para decidir sobre un viaje, y este le contestó: “Te he dado suficiente libertad, ¿de qué te quejas?” Así que las mujeres estaban reducidas con esta condición a nivel de menores de edad. Aunque el fondo del problema era el miedo y como consecuencia, el silencio.

También surgían nuevas ideas de trabajo y estudio, especialmente en las ciudades. Las mujeres aspiraban a ocupar puestos que no fueran solo los secundarios y los subordinados, así como el derecho a estudiar las mismas carreras de los hombres. Recuerdo a una chica que soñaba con pilotear un avión y el padre creyó que estaba loca. Y a otra que quería ser ingeniera y los hermanos se burlaban diciéndole que era suficiente con que supiera llevar las cuentas del mercado y del cumpleaños.

Sin embargo, se dio en esos años un proceso de cambios cotidianos que a su vez iban modificando la mentalidad femenina. Los descubrimientos y los avances técnicos y tecnológicos cambiaban el mundo y por tanto incidían en el panorama económico, político y social; además dieron un vuelco a todas las creencias o prejuicios existentes. Nos asombró el cambio del carbón por gas, la llegada de la nevera, la televisión en 1953, la lavadora y todos los electrodomésticos que siguieron y nos mermaron gran parte de la esclavitud doméstica, lo que permitió empezar a variar costumbres y utilizar el tiempo libre para estudiar, viajar en búsqueda de recreación,

conocimiento o empleo, ir a reuniones públicas para denunciar la condición de la mujer o las injusticias sociales.

Pero hubo más factores de cambio como la anti-concepción, la aparición del feminismo, modas más libres, letras de canciones con contenido social, situaciones políticas que conmovían al mundo y en consecuencia cientos, millares de jóvenes que daban otros rumbos a sus vidas... Todo esto permitió nuevas oportunidades, igualdades y cierto respeto en las relaciones. Se trató de una generación que rompió estereotipos para dejar más suave el camino a quienes vinieron después. Quizá los años sesenta fueron la primera quiebra del patriarcado y nadie lo previó, no quedó constancia en ningún acuerdo internacional ni evidencia en Constitución alguna.

Sin embargo, bien sabemos que se trata de un cambio histórico que aún no termina; todavía hay quienes creen sinceramente que la capacidad mental es condición de hombres, *él es el que sabe porque es hombre*, y quedan secuelas de un pasado que describía nuestro cerebro como pequeño e inseguro.

Por eso no es difícil comprender que haya señoras mayores que aún viven con esos condicionamientos, en constante temor de decir lo que piensan, reprimiendo a hijas y nietas porque tocan temas como el aborto, las relaciones sexuales, ¡y ni qué decir de la libertad de opción sexual o los matrimonios de parejas del mismo sexo! Escandalizadas en otros casos por la unión libre de las parejas o porque las jóvenes y también los jóvenes piensan distinto con relación a la virginidad y el sexo. Quizá estas mujeres han vivido al margen de los acontecimientos, quizá pertenecen a familias acentuadamente conservadoras o tal vez pesa demasiado en ellas lo que sintieron, vivieron y oyeron en su juventud. Por eso, aún hay quien hable así:

- ¡Quieta! arrodílese y pídale perdón a su papá.
- ¡Prepárele los zapatos y la ropa a su marido, que no la encuentre fuera de su casa!
- ¡Sálgase de la cocina que este no es oficio de hombres!
- No llore que usted no es mujer.

¡Cuánto talento perdido!

Es claro entonces que la mujeres viejas conocimos una sociedad donde imperaban las falsas virtudes de la sumisión y la obediencia ciegas; y además conocimos algo en lo que vale la pena meditar: el lujo que se dio un país pobre como el nuestro, al no tener en cuenta el talento ni las potencialidades de más de la mitad de sus habitantes que hemos sido las mujeres. ¿Podríamos imaginar qué grado de adelanto tendríamos hoy, si aunque fuera en la segunda mitad del siglo XX se hubiera aprovechado siquiera en parte ese talento?

Y más doloroso, por decir lo menos, ver lo que veo ahora, cuarenta o cincuenta años después: que esta historia se repite. Es decir, primero se desperdició el talento y la creatividad de millones de mujeres, y medio siglo más tarde se desperdicia igualmente el talento, la experiencia y la sabiduría de la gente mayor. ¡Cuánta investigación, cuánta ciencia ha perdido la humanidad por desconocer el aporte de los viejos!

Yo conocí y he sobrellevado estas dos situaciones: respecto a la primera, acorde con el avance que ya anoté de los años sesenta y décadas siguientes, en mis relaciones con grupos de mujeres discutíamos temas candentes de la época, y había algo importante: expresábamos deseos de independencia ante el hecho de continuar ocupando un puesto de segunda frente al mundo exterior; y nos decíamos que ver como si fuera

ley la palabra y el pensamiento masculino, era algo que debía pasar a mejor vida. Es decir, sin completa conciencia, ya se exteriorizaba –y se demandaba– la necesidad de un cambio de actitudes propias y del entorno, para poder recorrer nuevos roles. Era lo justo.

A la segunda situación fui llegando... fuimos llegando, con Francisco, poco a poco y esto facilitó la armonía en nuestro pensamiento y en la práctica de nuestro trabajo, porque ambos sabíamos lo que significaba la fuerza de la gente cuando se trata de un mismo ideal; teníamos la experiencia de fortalecer las formas asociativas para lograr presencia y estábamos involucrando nuestras vidas en una vejez activa y pensante; era además la oportunidad de continuar experimentando ese amor social, fraterno y humano que se materializa en cada reunión, en cada paso que uno da y ve que dan los otros por lo justo, por lo espiritual y por la gente.

Mujeres mayores en la cultura de las desigualdades

“La vejez trae problemas: soledad, falta de comprensión, rechazo, miedo. Ser viejo y pobre es triste. Ser mujer, vieja y pobre es dramático”.

Valerie Mealla

Es fácil establecer que las mujeres mayores en gran proporción permanecen en el hogar y carecen de empleo, son dependientes; la mayoría de nosotras no tenemos pensión, porque el ingreso al mercado laboral se dio en épocas relativamente recientes, y porque antes ni el Estado exigía, ni la cultura del ahorro en el trabajo existía; pocos pensaban en eso y menos las mujeres, que ignoraban que tenían derechos. Conocí el caso de Carmencita, una querida cuñada y amiga, mayor que yo, que fue enfermera del Estado toda su vida; ella se retiró con experiencia, conocimientos, pero sin remuneración por su trabajo, ni

dinero, y no se le ocurrió siquiera solicitar la pensión. El concepto de feminización de la pobreza, entonces, debe aplicarse también a la vejez.⁵

Veamos esta hipótesis: supongamos que usted se encuentra frente a un grupo de cinco o siete mujeres entre los 63 y 83 años, o sea que está ante un promedio de más o menos cuatro siglos y medio de experiencias: ¿Cuántas historias de trabajo no remunerado, agresiones, reclamaciones que terminaron en nada, chantaje y acosos sexuales, exclusión a favor de un hombre en materia de admisión de empleo pueden contar estas mujeres, ya sea por experiencia propia o por conocimiento de casos cercanos? ¿Cuál sería el resultado de esta muestra? Y si quisiera saber ante quién o quiénes se quejaron, cómo se repararon esos daños y de qué manera, se encontraría que por físico miedo en pocos casos se denunciaron esos hechos, o que por la condición de ser mujer, los niveles de impunidad fueron totales.

Otros prejuicios de género

Son aquellos que no reconocen la sexualidad, la sensualidad ni el entendimiento amoroso: un hombre en su vejez puede casarse o tener compañera y no es mal visto. Una mujer, si desea hacerlo, es difícil que encuentre aprobación familiar y social, y se expone a las críticas. La sociedad continúa aplicando una moral para los comportamientos femeninos y otra distinta para los mismos en los varones.

Y para terminar este rosario, que no es para llorar sino para exaltar, otro ejemplo es el de la violencia intrafamiliar de todo orden, pero más que todo física y psicológica; es factor determinante

⁵ Es importante reflexionar sobre los conceptos “feminización de la vejez y la pobreza”, clasificar a esta como una forma silenciosa de violencia que hiere profundamente los derechos humanos. Nos estamos refiriendo a la victimización de la pobreza agravada con la “vulnerabilidad de la mujeres de avanzada edad”. Dr. Santiago N. Pszemia-rower, médico argentino, en su libro *Ancianidad y derechos humanos*.

en la relación desigual entre mujeres y hombres, ante lo cual hay leyes, normas y medidas; no como ayer, cuando la suerte fue particularmente amarga para millones de mujeres que soportaron a lo largo de sus vidas los permanentes excesos de licor acompañados de golpes, culpas y maltrato de sus maridos, sin protección legal y con la permisividad de la sociedad en su conjunto.

No obstante, la violencia contra las mujeres de cualquier edad crece y aún millones de mujeres sienten temor por denunciar, están desinformadas, desorientadas y no saben cómo actuar.

De esas situaciones, tres señores mayores con quienes trabajamos en los talleres de Formación de Formadores, nos dejaron las siguientes anotaciones:

Don Luis: exdirigente sindical, hombre bueno, está retirado pero asesora a otros dirigentes jóvenes en su trabajo. Nos dice:

Estoy seguro que muchos quisiéramos haber establecido relaciones más igualitarias con nuestras mujeres, pero el patriarca que llevamos por dentro nos traicionó.

Don Édgar: pintor y escultor: aunque compartió años de su vida con una señora, cuenta que ella un día, cansada, se fue; ahora vive solo, muy pobre y le ayudan dos sobrinos.

...entonces nos portamos groseros, irresponsables y violentos. Creo que nadie ganó con eso. Ya es tiempo de que los hombres echemos una mirada hacia adentro de nosotros mismos.

Don Pacho: es un señor muy culto, viudo, tiene varios hijos a los que quiere mucho.

Ojalá pudiera volver a empezar, nunca volvería a maltratarla...

La experiencia cuenta

Pasemos de los aportes de los talleres de formación, a un conversatorio reciente con ocho mujeres invitadas de Teusaquillo y otras localidades de Bogotá. Habíamos reunido las propuestas de los temas a tratar, con el acuerdo de que respuestas y conclusiones fueran incorporadas en este texto. Después de barajar varios temas escogimos *participación*. Pero antes leímos las siguientes palabras que alguien trajo:

“... Ninguna persona es segura en un mundo inseguro, ninguna persona es sana en un mundo enfermo y ninguna persona puede prosperar en un mundo que no es próspero”. Las dijo el señor Rajiv Shah, de la Agencia Norteamericana para el Desarrollo –USAID- en 2012, refiriéndose a la participación, a la necesidad de reconocer las responsabilidades tradicionales y a los nuevos roles que las personas mayores están asumiendo actualmente.

Iniciamos la reunión comentando formas de participación ciudadana, en la familia o en reuniones y estuvimos de acuerdo en que la comunicación es la mejor herramienta de la participación. Alguien anotó la particularidad de que el mayor porcentaje de personas mayores que llega a los grupos son mujeres; según nuestras cuentas, estimamos que de cada diez participantes siete son mujeres.

El tema lo abrió una de las co-fundadoras de un grupo de gente mayor en esta localidad⁶ que tiene el ampuloso nombre de Consejo de Sabios, pero sus integrantes son personas sencillas, respetables, trabajadoras, que vieron en este nombre una forma de reconocer los saberes y conocimientos con los que participan por el bienestar de sus barrios. Recordamos un término similar:

⁶ Bogotá tiene 20 localidades; Teusaquillo con cerca de 150.000 habitantes, está en el centro de la ciudad con el número 13. Es la localidad de mayor número de personas mayores.

En las sociedades primitivas existía el Consejo de Ancianos, su papel era orientar el rumbo de las comunidades, guardar las tradiciones, hacer las normas de convivencia; manejaban toda la información sobre las siembras, las cosechas y la caza, eran consultados, tomaban decisiones en la guerra y en la paz. Así se entendían, se valoraban y se reconocían a quienes por sus años portaban la experiencia⁷.

Gladys, a quien le pregunté cómo se define, nos dijo: *tengo un espíritu de servicio unido a un carácter fuerte.*

...Mi forma de participar es con el tiempo que me queda, porque lo dedico a los derechos de las personas mayores y a los temas ambientales de la localidad. Me encanta ayudarle a la gente buscando nuestro bienestar, es mi vocación, y es una de las formas como participo.

Magnolia, otra de las señoras en el conversatorio, culta, estudiosa y agradable, nos contó que partía al día siguiente a Europa a ver a sus hijos. Luego agregó:

...Mucho de mi tiempo lo doy a la participación en comunidad porque considero que las personas mayores debemos seguir viviendo con todas nuestras calidades. En un debate, por ejemplo, explicamos los puntos de vista, opinamos, llegamos a acuerdos y decidimos lo que vamos a hacer. Es participar para aclarar algo; es bueno que la participación sea viva y activa, pero eso depende de los motivos que nos reúnen.

Julia: es persona que vive más tiempo fuera del país, reside en Teusaquillo y con su hija tienen una linda relación de amigas, comparten casi todos sus proyectos. Ella dice:

⁷ En la vejez continuamos el camino: Cuaderno de educación y reflexión'. Publicación de Cestra, 2006.

Cuando viví en el exterior pertenecí a un club Zonta, de indios Sioux,⁸ éramos un grupo de mujeres que resolvimos ayudar a fortalecer grupos de jóvenes que estudiaban pero no tenían madre, también a madres solteras para que fortalecieran su organización y fueran participantes activas, mejoraran o transformaran ciertas situaciones que las incomodaban.

Aura Rosa es una señora activa, acertada, pertenece al Consejo de Sabios y al Observatorio Ciudadano y nos hace observaciones interesantes.

Yo insisto en que la perspectiva del desarrollo debe ir más allá de las políticas asistenciales y puedo demostrar que el grupo poblacional más sacrificado, cuando de inversiones se trata, es el de las personas mayores, y que su participación en la formulación de propuestas no es tenida en cuenta.

Rosa: fue por un tiempo coordinadora de un programa de los derechos humanos en Barrios Unidos, luego de hablarnos de sus hijos, agrega:

Yo ya estoy muy mayor (85 años) necesito salir, hacer algo... o no hacer nada si no quiero... porque es mi vida. Yo digo: los viejos ya cumplimos, ya criamos hijos, ya trabajamos, cuidé a mi madre, ahora me queda un poco de tiempo y participo en unos eventos educativos con otras mujeres mayores.

Josefa es una señora activa que con otras mujeres desarrolla un proyecto productivo de plantas medicinales, conoce las propiedades de la yerbas y cuando habla nos dice: hazte amiga de la soya, de la sábila...del carbón vegetal.

La vejez no detiene las actividades de la mujer, otra cosa es que el quehacer diario sea invisible, pero desde que uno fue niña sabe que siempre hay algo por hacer, sabemos hacer dos trabajos al tiempo, o más, y sabemos hacerlo bien. Esa es

⁸ Originarios de Canadá.

nuestra vida. Por eso yo no me puedo estar quieta. Pero todo eso que uno ha hecho le sirve después para planear un proyecto como este.

Tía Inés le dicen a esta señora que desde muy joven fue actriz; vive en el histórico barrio La Candelaria, y nos dice:

No se debe tener tanto miedo a la vejez porque tiene muy bellas cosas, ahora tengo 76 años y siempre se me ocurre cómo salir de una dificultad, me siento más capaz de realizar cosas y de resolver problemas; mi esposo era muy activo y creativo, y mis hijos me ayudaban a resolver todo tipo de problemas. Ahora quedamos solos, mis hijos están lejos, cada uno resolviendo sus propios problemas y él tuvo un derrame... tengo que resolver todos los problemas cotidianos, pero sigo actuando y participando activamente en el teatro.

Rosa: *creo que hay otra razón; pasando los setenta años de edad o más, se despierta un deseo de participar, no de saltar o correr como en la adolescencia, sino de desplegar actividades y de seguir siendo útil... Continuaré hasta el día en que Dios me lo permita, digo yo. A esto se agrega que me queda más tiempo... más tiempo para ser yo misma...*

Gladys: *... ayudar a alguien, participar, es algo que buscamos. Porque además, hay cosas que pasan a segundo plano, ya los oficios domésticos para mí dejaron de ser la razón de la existencia, como antes, ya no los siento como una terrible obligación, y ya muchos jóvenes están asumiendo esos oficios; tenemos que preocuparnos por educar a los jóvenes, que sean comedidos, que rescaten lo bueno y ayuden a construir una cultura de envejecimiento.*

Lilia es otra activista del Consejo y “sardina” del grupo, nos dice: *hacer algo por los otros y por nosotras ahora que tenemos ratos libres: venir a un conversatorio, aprender algo, leer, ver un buen programa, caminar, animarnos a pintar, a cantar*

¡todo sirve! También es bueno preguntarse cosas interesantes que nos incumben a los viejos, como por qué... si en otros países hay pensión universal para la gente mayor ¿por qué en Colombia no?

Tres conclusiones del grupo:

1. Hay evidentemente una situación de avance respecto a años anteriores, ese avance se da en la medida en que las personas mayores nos organizamos, participamos y sabemos defender nuestros derechos.

2. Hay más aceptación del pensamiento de los mayores.

3. Las viudas y también las mujeres mayores separadas o cabezas de familia son más autónomas respecto de su participación. Si tienen o buscan la oportunidad de conocer nuevos espacios encuentran que su voz se oye, sus argumentos o iniciativas se discuten y eso es importante, es decir, consciente o inconscientemente ¡la mujer mayor siente que su oportunidad llegó! Que puede convertirse en una lideresa porque sobre todo descubre que su capacidad de aprendizaje está viva, que su sensibilidad, emociones, aptitudes y destrezas continúan en la vejez. Se adquiere entonces determinada independencia ¡que se siente como una liberación!

Sobre ese potencial, que depende de la historia de vida de cada cual, se escucharon nuevamente las voces en el conversatorio para agregar cómo podemos caracterizarnos las mujeres mayores, qué tenemos de más o menos, qué nos interesa y nos hace participar.

Magnolia: *Hoy tenemos más adaptabilidad al cambio.*

Julia: *Nos interesamos por cosas diferentes, nos involucramos en cosas que no conocemos pero que queremos conocer.*

Lilia: *Tenemos las mismas capacidades pero menos oportunidades por la discriminación de la edad.*

Josefa: *Las mujeres vivimos más orientadas a tener un plan: siempre hemos tenido que planear en el hogar.*

Rosa: *Somos más soñadoras mientras se dice que los hombres son más racionales.*

Aura Rosa: *En Teusaquillo nos hemos cualificado mucho, ocupamos un lugar destacado en la construcción de redes sociales y en la participación comunitaria; esta ventaja se podría capitalizar para entregar conocimientos y habilidades a las generaciones más jóvenes, pero hay desperdicio de experiencia.*

En el último punto del conversatorio volvimos a la participación:

Rosa: *La participación nos da oportunidades para educarnos y obviamente para estar y apoyar a la*

comunidad, para superarnos en el trabajo que es donde hay que saber hablar y conocer de qué se está hablando, saber argumentar y escuchar a los demás ¡Es bastante!

Gladys: *El derecho a la participación está en la Constitución Nacional, dice: Colombia es una república democrática, participativa y pluralista; ¡eso ya no nos lo quitan!*

Magnolia: *La capacitación es indispensable para participar de mejor manera, pero necesitamos capacidad legal para decidir.*

Julia: *Pues sí, yo entiendo que la participación enlaza a la comunidad con el gobierno, y no que el gobierno decida por la comunidad. Pensemos en el mensaje del siguiente verbo y aprendamos a conjugarlo mejor:*

Yo participo, tú participas, él participa, nosotros participamos, ustedes participan...Ellos deciden.

La vejez femenina debe ser analizada por las ciencias sociales

Apartes de un interesante estudio aparecido en el boletín # 8,
"Envejecimiento y desarrollo en América Latina y el Caribe"¹

Fueron aprobadas por Naciones Unidas importantes recomendaciones dirigidas a los gobiernos de América Latina y el Caribe, sobre eliminación de todas las formas de discriminación contra las mujeres de edad avanzada.

Este estudio tuvo en cuenta las abundantes imágenes negativas que publican los medios, las costumbres profundamente arraigadas, los estereotipos de dependencia y pasividad y los prejuicios y representaciones sociales negativas, todo lo cual influye directamente en la violación a los derechos; identifica grupos o regiones donde las mujeres están siendo vulneradas por situaciones derivadas de desigualdades de género y edad, y teniendo en cuenta que la población mayor tiene una marcada tendencia femenina, plantea la necesidad de que se estudie y considere la vejez femenina como una categoría de análisis por las ciencias sociales.

¹ Naciones Unidas. CEPAL, 2011

Una de las recomendaciones dice:

Las mujeres mayores deben ser consideradas un recurso importante de la sociedad y los Estados deben garantizar su efectiva participación en la vida política, social, económica, cultural y civil de las mismas.

Otro punto destacado es el siguiente:

Los Estados parte deben derogar o modificar leyes, reglamentos y costumbres que discriminen a las mujeres de edad y proporcionarles formación sobre sus derechos y cómo acceder a los servicios legales.

(Subrayados nuestros)

Para Colombia es particularmente interesante que este estudio inste al Estado a comprometerse en asegurar los derechos de las mujeres mayores víctimas o desplazadas de zonas de conflicto, sean o no de minorías étnicas o zonas rurales, por la necesidad y urgencia que existe de llevar a cabo investigaciones para establecer la realidad en la vida de las mujeres mayores y por la importancia que estos resultados tendrán en el post-conflicto.

Primer Congreso Latinoamericano de Gerontología Latinoamericana en Buenos Aires

La invitación decía:

Querida amiga María Tila:

La gerontología comunitaria convoca a un nuevo espacio de reflexión sobre las teorías y las prácticas, las formas de poder, las políticas sociales, los modos de intercambio, los tipos de participación (...), construyendo y dando forma, de manera dinámica, al envejecimiento actual... etcétera.

Venía de la Directora Nacional de Políticas para Personas Mayores del Ministerio de Desarrollo Social de Argentina, Mónica Roqué, a quien tuve la oportunidad de conocer en un curso para mujeres mayores en Cartagena, Colombia, en 2010, dirigido por ella y apoyado por la Embajada de España. A ese curso asistimos treinta mujeres

latinoamericanas – cuatro colombianas- y al terminar tuvo la gentileza de informarme que en Buenos Aires se llevaría a cabo el Primer Congreso Latinoamericano de Gerontología Comunitaria, en noviembre de 2011, y que deseaba invitarme con el fin de que llevara una ponencia sobre género, vejez y envejecimiento.

Elaboré el documento “Mujeres y envejecimiento, necesidades y oportunidades”⁹ basado en dos puntos, uno, el trabajo de un proyecto realizado en Bogotá¹⁰ y el otro, conclusiones del curso en Cartagena, como temas interrelacionados. Empezaba esta ponencia por aproximarse a las raíces de problemas de pobreza-violencia-desplazamiento, desconocimiento de derechos, dependencia de la familia, la sociedad y el Estado; mala calidad de vida y efectos de una ley laboral que nos llegó tarde.

El segundo punto, uno de los principales en Cartagena, la necesidad de formar (como en Argentina actual) profesionales de cualquier edad, especializados en Gerontología Comunitaria (o de contenido similar), con dominio en gestión de políticas, herramientas y acciones para la atención de las personas mayores, desde la mirada del derecho y la integridad.

⁹ La exposición de esta ponencia se llevó a cabo en la Universidad de Buenos Aires, Universidad de Psicología, aula 217, el 19 de noviembre de 2011, a las 11.30 hs, en el Programa de Conferencias y Páneles.

¹⁰ Proyecto apoyado por la Embajada de Canadá, implementado en Bosa, Bogotá, por Cestra, en 2010.

A este Congreso de Buenos Aires concurren profesionales, técnicos, investigadores, políticos, estudiantes y personas mayores que generan teoría, intervienen en prácticas socio-comunitarias y promueven políticas sociales que dan paso a espacios de intercambio. En total dos mil latinoamericanos mujeres y hombres, profesores de distintos países y organizadores de entidades oficiales, universidades y redes de cooperación. ¿El objetivo? Cuestionar, reflexionar y proponer modos alternativos de construir una realidad más incluyente para todas las edades.

Y fue sorprendente –quizá para muchas personas como yo– escuchar en las conferencias magistrales y leer luego en las políticas sociales que en este país hermano buscan un enfoque alternativo al economicista neoliberal, un nuevo modelo con eje en la integración social, el colectivo comunitario, la solidaridad y la participación para la construcción ciudadana, con enfoque de derechos, ajeno a las políticas asistencialistas y reitero: al neoliberalismo.

Entre los programas de restitución de derechos para personas mayores, muy mayores o con novedades de salud, ya habían adelantado en ese año una tarea con 17 mil cuidadores formados “*que hacen lo mismo que un familiar, pero con técnica*”, para garantizar que esas personas pudieran “envejecer en casa”. Pero simultáneamente, y este es otro punto muy importante, para que muchas mujeres mayores no tuvieran que asumir la otra desigualdad: el papel de cuidadoras, básicamente del esposo o compañero.

Un conferencista, refiriéndose a las esposas ya mayores convertidas en cuidadoras, explicaba:

Esta es una labor que les trae impactos de malestar físico, salud emocional, angustia económica, abandono de aficiones, aislamiento de relaciones sociales, familiares y mengua del desarrollo personal. Es una labor que termina por enfermar y acabar físicamente a la esposa cuidadora, no es justo que al llegar a la vejez las mujeres deban someterse a esta esclavitud.